

## GABRIEL

*por Mario C. Acevedo A.*

A paso de lobo el sol caminaba el cielo, se iba. Parecía un papalote cayendo lejos, un pulpo descendiendo a su guarida. Una parvada de pájaros negros pintó la última flecha derretida en el horizonte. Cuando su cálida mano no tocó más mi rostro eche a andar, mis zapatos y mi sombra mordían charcos que saltaban por todas partes, una que otra vez zambullí mis pies en ellos con alegría y hasta me hubiera quitado los zapatos para que el agua sucia y grasosa resbalara entre mis dedos, seductora como una prostituta; pero tropezaba a cada rato con latas de cerveza, condones usados o envases plásticos, el mundo de los hombres erigido. Apresuré el paso, pues no quería escuchar el chillido de la neblina al bajar a la ciudad. Llegué a mi casa pateando una rata muerta, destripada, cuando su olor se me hizo insoportable dejé de jugar con ella. El fétido e insoportable olor de aquella usurpadora rata ¿No era acaso más hermoso que el despedido por la moderna y portentosa procesadora de basura, gigantesco Gulliver muerto?

Entré en mi cuarto silenciosamente, como un lagarto en el pantano, de inmediato sentí un aire entibiado con aroma a vino mezclado con naftalina. Busqué presuroso el mecanismo para encender la luz, las bombillas eléctricas. ¡Ah cómo me produce náuseas la viscosidad de su luz! pero la prefiero a las penumbras, a las noches sin luna. La estancia se iluminó; un escritorio, sobre de él algunos libros fornicando, librerías a los lados, un ángel sin brazos y sin piernas sostiene el foco amarillento, sucio. Me siento a fumar un cigarrillo, me trago el tiempo y envejezco. Hacía tiempo que Gabriel maullaba, me recordaba a la vieja de la esquina cuando trataba de entonar una canción. Para esta hora ya estaría borracho, el tinto lo enloquece. Miré con avidez los libros y hurgué por detrás de ellos con mi mano, sacando toda la distancia posible de mis uñas, pero no lo encontraba. Mi olfato no me había engañado, allí ya no había nada, se lo había tomado todo, yo nada más quería un sorbito para sentirme como hace tres o o dos años: con ánimos de corretear hembras por las azoteas; no como él que no deja ni una gota. Pobrecito, mírenlo, se quedó durmiendo en su escritorio, sentado, con un cigarro en la ma-

no y con los ojos abiertos como queriendo leer aún dormido. La cosa amarilla seguía despidiendo luz, incansable. Su baba corría a lo largo de la mesa bordeaba los libros y caía al suelo formando pequeños charcos. Yo jugaba a saltarlos como en mis buenos tiempos al tratar de atrapar una rata entre basura y llantas inservibles.

